

FLORES CELESTES



VIDA
DE
S.ⁿ JOSÉ DE CALASANZ

54

S. CALLEJA . ES PROPIEDAD. MADRID.

JT - F 3636

T. 1266741

C. 71733695

VIDA
DE
SAN JOSE CALASANZ

FUNDADOR

Y DE

SAN JACINTO

DEL ORDEN DE PREDICADORES

escrita por el

P. JUAN CROISSET, S. J.

y traducida por

EL P. JOSÉ F. ISLA

CON LICENCIA ECLESIASTICA

MADRID

SATURNINO CALLEJA, EDITOR

Calle de Valencia, núm. 28.

Méjico: Herrero Hermanos, Sucesores.



217. JOSE CALASANZ

P. JUAN GROSSET, S. J.

Madrid: Imp. E. Teodoro, Ronda de Valencia, 8.



R. 162907



VIDA
DE
SAN JOSE CALASANZ
FUNDADOR

(27 de Agosto.)

Este glorioso santo nació en el día 11 de Septiembre de 1556, en la villa de Peralta de la Sal, sita en el reino de Aragón. Sus padres D. José Calasanz y Doña María Gascón, ilustres por su nobleza y sus virtudes, criaron al niño conforme á las máximas de la religión cristiana.

Enviáronle á estudiar latinidad á Estadilla, pueblo distante tres leguas de Peralta; y ambicioso de saber, hizo en la humanidad, retórica y poética conocidos adelantos y no menores en la cien-

cia de los santos. Quisieron aplicarle los padres á la milicia, para que renovase en la guerra las gloriosas hazañas de sus predecesores; pero como José aspiraba á otros honores más sólidos, ya resuelto á consagrarse al servicio de Dios enteramente, rogó á su padre le dejase seguir en la carrera de las Letras. Pasó á la Universidad de Lérida á estudiar Filosofía, donde hizo á un mismo tiempo admirables progresos, tanto en la virtud como en la Filosofía y Derecho civil y canónico, en que recibió el grado de doctor con general aplauso. Después pasó á Valencia á estudiar Teología; y aunque allí no mudó un ápice de su arreglada conducta, con todo, la ciega pasión de una señora, enamorada de su gallarda disposición, le obligó por conservar su pureza, no sólo á dar la prueba que el antiguo José en Egipto con la mujer de Putifar, sino otra mayor, que fué dejar aquella ciudad trasladándose á la de Alcalá de Henares á continuar el mismo estudio. En esta Universidad dió en muy breve tiempo muestras de su

extraordinario talento y de su virtud eminente. Los progresos que hizo bajo el magisterio de los más sabios maestros de aquella célebre academia, se miraron con particular admiración de los mismos preceptores y demás concole-gas. A pocos años dió públicos testimonios de un hombre consumado en Filosofía, Derecho civil y canónico, y en la Sagrada Teología, facultad en que recibió el grado de doctor, con no menor aplauso que en Lérida, sin dejar de hacer muchas conquistas espirituales en la ciudad con su celo verdaderamente apostólico.

Recibió los Ordenes sagrados y la dignidad del sacerdocio en el mes de Diciembre de 1583, siendo de edad de veintiocho años, de manos de Andrés Capilla, Obispo de Urgel, el cual, informado de las relevantes prendas de Calasanz, creyéndose con superior derecho que cualesquiera otro Prelado para valerse de un ministro tan útil, le obligó á aceptar algunos beneficios eclesiásticos y le nombró vicario y visitador de Tremp

y de su territorio, cuyo partido abrazaba setecientas poblaciones con setenta y dos parroquias. Más tarde, viendo el gran fruto que hacía aquel insigne operario en el partido de Tremp, quiso emplear su infatigable celo en empresa más ardua é interesante á su vasta diócesis, que se extiende dentro de los Pirineos. Los pueblos cuyas gentes estaban criadas entre montes y selvas, vivían como fieras, entregados á toda clase de excesos; los sacerdotes desatendían las obligaciones de su ministerio, y la reforma de tanto vicio se encomendó á Calasanz en la clase de visitador. No es posible explicar los trabajos y penosas fatigas que le costó la empresa; pero al fin tuvo el consuelo de ver introducidas nuevas cristianas costumbres en aquellos pueblos y respetadas las órdenes de sus Prelados, de los que antes se hacía un total desprecio.

Concluída la visita, dió cuenta de ella al Obispo de Urgel, quien lo eligió por vicario general del Obispado, cuando sólo contaba treinta y cuatro años de

edad. Aceptó José el nuevo empleo, deseoso de sacrificarse en el servicio de la Iglesia, y portándose siempre igual en su justificada conducta, se aplicó á corregir los abusos, á reparar los desórdenes del clero y del pueblo y á promover el culto divino, obrando con tanta actividad y con tanta prudencia, que en muy breve tiempo se hizo el Obispado de Urgel objeto de los más altos elogios por el infatigable celo de su vicario.

Las alabanzas y los aplausos con que todos celebraban su santidad, su mérito y su acierto le estimularon á dejar á España por lo mucho que ofendían á su profunda humildad semejantes aclamaciones; hacía algunos meses que oía en su corazón una voz que le decía: *Ve á Roma*, cuyos ecos sentía con mayor eficacia en medio del fervor de las oraciones y cuando con más rigor affligía su cuerpo. Agregóse á esto una visión que tuvo, en la que le parecía hallarse en Roma rodeado de muchos niños, á quienes instruía en las letras y en la doctrina cristiana. Consultó el asunto con su

director, y aprobada su determinación, renunció su empleo de vicario con los beneficios eclesiásticos, excepto algunas rentas que se retuvo para piadosos designios. Y habiendo fundado en Urgel casi á sus expensas un montepío y otro en Peralta, arregladas todas sus cosas partió á Italia en traje de peregrino el año 1592.

Luego que llegó á Roma, fué su primera diligencia visitar con la devoción y ternura propia de su espíritu, todos los Santos Lugares que se veneran en aquella capital. Había prevenido el Obispo de Urgel el arribo de José con la más expresiva recomendación á su agente en Roma, el cual era confidente del Cardenal Marco Antonio Colona. Pidió éste á aquél que se informase de algún sujeto idóneo para teólogo suyo; y manifestándole las cartas del Prelado de Urgel, en que le hacía ver que era Calasanz una persona calificada por su nacimiento, por sus empleos, por su notoria ciencia y eminente virtud, lo recibió en clase de teólogo su eminencia. Al

poco tiempo conoció aquel purpurado que era mayor la sabiduría y la santidad de José que lo que se le había informado: bajo cuyo supuesto fió á su cuidado la dirección de sus dos sobrinos, hijos del condestable Colona, á lo que se agregó la instrucción de su familia, logrando todos por la enseñanza y ejemplo de Calasanz tan conocidas ventajas, que la casa de Colona llegó á ser objeto de admiración de Roma donde nuestro héroe español era tenido por uno de los más hábiles teólogos de su tiempo y por uno de los mayores Santos de su siglo.

Habíase fundado en Roma después del santo Concilio Tridentino la venerable Hermandad de la Doctrina cristiana, con el objeto de enseñarla á los niños, artesanos y jornaleros en los días de fiesta. Alistóse en ella José, y no satisfecho con practicar esta enseñanza en las festividades é iglesias destinadas á este efecto, lo hacía en los días de trabajo en las plazas y calles de la ciudad con tan ardiente celo, que en muy breve tiempo se conoció en los pobres

la utilidad de sus infatigables tareas.

Por la experiencia que adquirió el Santo en los ejercicios dichos llegó á conocer la grande necesidad que tenían los niños pobres de instruirse en las letras y en la doctrina cristiana; y persuadido que sería muy agradable á los ojos de Dios un instituto que tuviese tan laudable objeto, empeñó toda su actividad y toda su eficacia con las corporaciones y sujetos más poderosos de la ciudad, á fin de que contribuyesen á la ejecución de tan noble pensamiento; pero permitió el Señor que fuesen en vano todas sus diligencias, porque reservaba para su persona tan digna como utilísima empresa. Las mociones continuas que sentía en su interior y el recuerdo de la visión dicha que tuvo en Urgel, le indicaba ser esta la voluntad de Dios, en la que se confirmó en cierta ocasión que viendo una tropa de niños, que con acciones y palabras descompuestas le hicieron conocer la necesidad de su proyecto, oyó resonar en su corazón detenido á reflexionar en aquel lastimoso es-

pectáculo, aquellas palabras del Espíritu Santo: *A ti se te ha encomendado el pobre y tú serás la ayuda del huérfano.*

Convencido José que era aquel el fin para que Dios lo llevó á la capital del orbe cristiano, se dedicó sin pérdida de tiempo á la ejecución de la empresa. Como estaba práctico en los barrios de Roma, con motivo del cargo de Visitador de la congregación de los Santos Apóstoles, conociendo que el de Transiber era el más numeroso de niños pobres, lo consideró más á propósito para dar principio á su proyecto. Comunicó el pensamiento á D. Antonio Bondoni, cura de Santa Dorotea, intimo amigo, que era un venerable anciano, lleno de caridad, quien no sólo lo aprobó, sino que le ofreció el uso de dos piezas, pres-tándose á ser su compañero en ejercicio de tanto mérito; lo mismo hicieron dos sacerdotes individuos de la hermandad de la Doctrina cristiana, con cuya ayuda abrió las Escuelas Pías en Santa Dorotea en el año 1597, con aprobación y elogio del Papa Clemente VIII.

Las incesantes fatigas y continuas tareas de tan penosa enseñanza no impedían á José que se emplease en una multitud de piadosos ejercicios, ni que omitiese sus acostumbradas devociones, ayunos y penitencias. Alistóse en las cofradías de las *Llagas*, en la de la *Santísima Trinidad* y en la *del Refugio*, en cuya institución había tenido gran parte, formando sus reglamentos con el Cardenal Baronio. Tenían por objeto estos establecimientos la asistencia de los peregrinos y el socorro de toda clase de pobres necesitados; y á todos atendía la ardiente caridad de Calasanz, practicando los mismos oficios en las cárceles y en los hospitales y en otras muchas urgencias que ocurrieron en Roma en su tiempo. Los que observaban sus pasos individualmente no acertaban á comprender cómo podía acudir á tantas obras piadosas y á tantos encargos entre sí diferentes, lo que hizo á monseñor Beneti, promotor fiscal en el proceso de sus virtudes, formar una fuerte duda sobre la inverosimilitud de tantos ejer-

cicios á un tiempo; pero las pruebas eran tan obvias y ciertas, que fué cosa gloriosa para nuestro Santo la disolución de este reparo con la contraposición de su ardiente caridad é infatigable celo, que le tenían en un movimiento continuo de día y de noche, sin descansar un solo rato en muchas de ellas.

Sucedió en la cátedra Apostólica al Papa Clemente VIII, en el año 1609 el Cardenal Burghesi, bajo el nombre de Paulo V, tan grande protector de las Escuelas Pías, que se llamaron paulinistas sus profesores, y nombró un Cardenal de autoridad y reputación para que las protegiese, manifestando en su Breve de 24 de Marzo de 1607 *haber sido instituídas siendo Dios el autor*. Y para dar á José un testimonio de su estimación, quiso condecorarle con el capelo, bien que sus lágrimas y humildes ruegos pudieron alcanzar de su beatitud que le exonerase de la dignidad, pues su corazón, revestido de pobreza evangélica, estaba muy distante de apetecer honoríficos empleos, como lo tenía acreditado en las

renuncias antecedentes de las prebendas y obispados que le ofreció en España el rey Felipe III.

Quiso el santo fundador que se perfeccionase su establecimiento en Congregación perpetua, y proponiendo su pensamiento á Paulo V, logró este indulto por su Breve de 6 de Marzo de 1617, previniendo en él Su Santidad que se llamase Congregación Paulina de la Madre de Dios de las Escuelas Pías; que la profesión se hiciese con simples votos de pobreza, caridad y obediencia; que Calasanz fuese prepósito general de ella durante el tiempo de su voluntad, dándole facultad para que hiciese los Estatutos y reglamentos oportunos bajo la protección de la Santa Sede. Vistió en nombre del Papa el Cardenal Justiniano en su palacio al santo Patriarca con el hábito que eligió para su Orden; y en aquel acto se desnudó del apellido del siglo y tomó el sobrenombre de la Madre de Dios. Hizo su profesión en el año siguiente, y dando en ella el último complemento de su renuncia á

todos los bienes de la tierra, resignó en eclesiásticos pobres los beneficios que se reservó en España, y distribuyó los bienes paternos entre miserables y encarcelados, contentándose con salir de puerta en puerta á pedir limosna para mantenerse con los de su congregación, y para prestar á los niños los auxilios acostumbrados.

Significóle el Cardenal protector que era voluntad del Papa formase las constituciones para su Congregación; retiróse á este fin á la casa que fundó en Narni, de orden del mismo purpurado: dispúsose para ello con cuarenta días de ejercicios espirituales para implorar la asistencia del Espíritu Santo, por cuya inspiración escribió los más sabios y piadosos reglamentos. Murió á la sazón Paulo V: llegó á Narni el Cardenal Ludovici, Arzobispo de Bolonia, que pasaba al cónclave, y sabiendo que se hallaba José en aquella ciudad, como ya le conocía anteriormente y tenía formado tan alto concepto de su eminente santidad, quiso hospedarse en su casa para

disfrutar su amable conversación. Profetizóle el Santo que sería electo Sumo Pontífice y le rogó encarecidamente protegiese su Congregación. Cumplióse el vaticinio puntualmente, tomando el Cardenal el nombre de Gregorio XV; y deseoso de dar á José una prueba auténtica de su estimación, sobre querer condecorarle con la púrpura para tener á su lado un Santo, de cuya dignidad se excusó con humildísimos ruegos, elevó al grado de religión su Congregación Paulina, con supresión de ésta denominación, por su Breve apostólico de 1621, concediéndola todos los indultos, gracias y privilegios que gozan las demás religiones.

Aprobó por otro de 31 de Enero de 1632 con los más altos elogios las constituciones formadas por José: y por otro de 24 de Abril del mismo año le constituyó general por espacio de nueve años, señalándole cuatro asistentes generales para el gobierno del Orden.

El nuevo carácter á que se elevaron las Escuelas Pías y las grandes utilida-

des que cada día resultaban de ellas, hizo que en todas partes solicitasen á competencia los sujetos de la más alta esfera su establecimiento. Aunque al siervo de Dios costaron tantas fatigas y tantos desvelos, quiso el Señor darle el consuelo de verlas extendidas en el Ex-tado Pontificio, en Sicilia, en el reino de Nápoles, en Venecia, en Lombardía, en Toscana, en Polonia, en el Piamonte, en Hungría, en Bohemia y en toda la Alemania; confesando ingenuamente en una carta que escribió al P. Melchor Alanchi, que si se hallase con diez mil religiosos, los podía repartir á todos en un mes á las partes que se los pedían con grandísimas instancias.

Aunque el corazón de José se hallaba lleno de gozo dando á Dios repetidísimas gracias por las bendiciones que echaba sobre su caritativo establecimiento, quiso el Señor purificar aquella grande alma con el fuego de la más terrible tribulación y aumentar por este camino muchos grados á sus méritos. Un hijo del mismo Orden llamado Mario

Sozi, díscolo por naturaleza, fulminó tales calumnias contra su Santo Padre ante el asesor del Santo Oficio, que de orden de éste fué conducido preso Calasanz á la Inquisición por las calles públicas de la ciudad, que se consternó á vista de tan inopinado suceso. Aunque José se purificó en términos que hizo demostración que ni aun tenía noticias de los delitos imputados, por lo que se le volvió á su casa en carroza por los mismos sitios en que fué conducido como reo, con todo, logró el perseguidor con sus artificios, á pretexto de que era necesario tiempo para justificar sus delaciones, que se le suspendiese del empleo y que se nombrase un visitador general de distinto Orden. El primero en que recayó esta comisión fué el Padre D. Agustín Urbandini, de la Congregación Somasca, quien no pudiendo sufrir las iniquidades de Mario, se vió en la precisión de renunciar el empleo. Logró el perseguidor que se nombrase al Padre Silvestre Pietrasanta, sujeto adicto á sus perversísimas ideas, con cuyo mo-

tivo cargó su ambición con todo el gobierno del Orden, como primer asistente. Hablábale José de rodillas con el mayor respeto, pero el pérfido hijo, despreciando la venerable persona de su Santo Padre, le trataba de hipócrita, de soberbio y de embustero, hasta decirle que le haría morir en una galera. Sentían en el alma sus hijos la atribulación del patriarca; sólo él estaba alegre porque padecía por Jesucristo, sin cuidarse de su defensa; pero tomándola Dios por él, cubrió al calumniador de pies á cabeza con una tan horrible lepra, que le privó hasta de la forma humana, exhaliando un olor tan fétido, que no podían tolerarle ni aun por brevísimo tiempo sus mismos confidentes, de cuyo mal murió desgraciadamente.

No sosegó la tempestad con la muerte de aquel infeliz; sucedióle en el empleo el P. Esteban Querubini, secuaz de sus inícuos pensamientos, quien con el visitador Pietrasanta y otros díscolos conspiraron á la destrucción de las Escuelas Pías, á lo que se inclinó el Papa Inocen-

cio X, á fuerza de los falsos informes de los perseguidores. Tuvo José algún consuelo al ver que todos los cuerpos políticos y eclesiásticos de Italia, con las personas de las más alta esfera, interpusieron sus ruegos para con Inocencio, á fin de que revocase su determinación, manifestándole las grandes utilidades que se experimentaban en todas partes con las Escuelas Pías; y si no tuvieron por entonces efecto aquellas recomendables súplicas, con todo les profetizó José á sus hijos, que estaban inconsolables, que dentro de breve tiempo verían reintegrado el establecimiento en los mismos términos honoríficos á que lo elevó la Santa Sede; vaticinio que se cumplió á la letra en los Pontificados inmediatos de Alejandro VII y Clemente IX, sucesores de Inocencio; restituyéndola el primero en el año 1656 al grado de Paulo V, y el segundo en el de 1669, al que la sublimó Gregorio XV.

Hacia ya algún tiempo que acostumbraba decir á sus hijos el santo Patriarca, cuando se condolían de sus traba-

jos: *Esperad al Agosto y lo que Dios permitirá.*

Como decia estas palabras con cierto aire de triunfo y alegría, esperaban algún suceso propicio al Orden, pero el profeta hablaba de su muerte. Quiso en el día 21 de Julio ir con los pies descalzos á la Iglesia de San Salvador á conseguir las muchas indulgencias concedidas en ella por los Sumos Pontífices. Volviendo á casa tropezó tan fuertemente en una piedra, que herido gravemente el dedo pulgar del pie derecho, se ñaló con su sangre toda la calle; y en una máquina tan debilitada como la suya se comunicó el dolor fácilmente. Despertósele en principios de Agosto la acostumbrada incomodidad del excesivo calor del hígado. No hicieron la primera vez mucho caso los médicos de la novedad, prometiéndose pronta curación. Sólo temieron que fuese mortal la enfermedad cuando el dolor llegó á ser tan vehemente, que dió á conocer el paciente lo mucho que sufría. Instruido con luz superior que estaba

su fin próximo, se dispuso á pagar el tributo impuesto á los mortales con las preparaciones propias de un espíritu todo abrasado en el amor de Dios. Recibió los últimos Sacramentos con tanta edificación, que movió á tiernas lágrimas á todos los concurrentes, y habiendo sufrido con indecible paciencia el exceso de sus dolores hasta el día 25 de Agosto, dando ejemplo de resignación con la voluntad divina, fijando, ya entrada la media noche de aquél, los ojos en el cielo, levantó el brazo derecho en ademán de bendecir á sus hijos, y diciendo tres veces Jesús, expiró tranquilamente en dicho día del año 1648, á los noventa y dos de su edad.

Cuando llegaron á desnudarle sus hijos ocurrió con la mano derecha á cubrir la desnudez vergonzosa, y queriendo removerla para proseguir el piadoso oficio, acudió el difunto con la siniestra, enseñándoles que aun estando muerto era celoso de aquel pudor con el que había custodiado toda su vida intacta su virginidad. Pusieronle en el féretro,

y fué tanta la multitud de concurrentes á tributarle veneración, que no bastando las prevenciones tomadas por los religiosos, fué necesario que el Papa enviase unos soldados de su guardia. En todo el ámbito del templo no se oían otras voces que *murió el Santo*, ó aclamación de algún milagro, siendo muchos los que obró el Señor en confirmación de la gloria de su fidelísimo siervo, á quien se dió sepultura en la Iglesia de San Pantaleón, á puerta cerrada, con las debidas formalidades, á presencia de algunos distinguidos personajes que pudieron ser admitidos al reconocimiento del cadáver, que se vió con una prodigiosa flexibilidad.

Apenas había pasado un año á su precioso tránsito, con aprobación del mismo Inocencio X se comenzaron los procesos informativos sobre las virtudes heroicas y auténticos milagros del glorioso Calasanz; y justificados plenamente le declaró Beato el Papa Benedicto XIV en el día 7 de Agosto de 1748. Y después celebró su canonización con magnificen-

cia en la Basílica Vaticana la santidad de Clemente XIII, el 16 de Julio de 1767 señalando para la fiesta el 27 de Agosto.





VIDA
DE
SAN JACINTO
DEL ORDEN DE PREDICADORES

(16 de Agosto.)

Nació San Jacinto en el año de 1183 en el castillo de Saxe, diócesis de Breslau, en la Silesia. Eran sus padres unos señores muy religiosos y le escogieron maestros que cuidasen de cultivar bien tan precioso terreno, de manera que tuvieron el consuelo de verle crecer cada día en devoción y madurez. Dió princi-

pio á sus estudios en el Colegio de Cracovia; continuólos en Praga de Bohemia, y los concluyó en Bolonia de Italia, donde dió pruebas de su profunda sabiduría y de su eminente santidad. Acabados sus estudios, se restituyó á Polonia.

Prendado su tío Ivo de Konski, Obispo de Cracovia, de la brillantez de su ingenio, y como el mismo Jacinto resolvió abrazar el estado eclesiástico, su tío proveyó en él una prebenda y en breve tiempo admiraron los canónigos en nuestro Santo un gran modelo.

En todas las comisiones que le encargó su tío mostró Jacinto mucha sabiduría y mucha prudencia.

Vióse precisado el Obispo de Cracovia á pasar á Roma en defensa de los derechos de su Iglesia, y quiso que Jacinto le acompañase; pero eran otros los intentos de Dios. Acababa de obtener de los Papas Inocencio III y Honorio III la aprobación y confirmación de su Orden el Patriarca Santo Domingo, y Jacinto con Ceslao, hermano suyo, Hermano y Enrique, se presentaron todos cuatro

á Santo Domingo, quien los recibió como un precioso don con que el Señor quería enriquecer su Orden.

Nuestro Santo entró en tan gloriosa carrera con gran fervor, desasimiento y olvido de todas las cosas del mundo; y tomó tan perfectamente el espíritu de su fundador, que á los treinta y cinco años de su edad se sintió capaz de fundar por sí mismo casas de la Orden.

Después de haberle confirmado Santo Domingo en todos los buenos pensamientos que el Señor le había inspirado, y habiéndole instruído en el arte de predicar cristianamente, y de trabajar á un mismo tiempo en su propia santificación y en la de otros, se le presentó juntamente con sus compañeros á su tío el Obispo de Cracovia, que se volvía á su país, y nombró á Jacinto Superior de la misión de Polonia, infundiéndole y comunicándole también su mismo don de milagros. Partieron todos siete y llegando á Friesach, ciudad de la Carintia, predicó en ella San Jacinto, fundó un convento de su Orden, y se detuvo seis

meses para instruir y formar los novicios que se presentaban; no siendo posible que los ciudadanos le dejaran proseguir al término de su misión, hasta que les dejó á fray Hermano, uno de sus discípulos.

Tanto en Polonia como en Cracovia fué recibido con mucha alegría y veneración por el clero y la nobleza; y en la Cracovia, apenas subió al púlpito, cuando se vió desterrado el vicio, la profanidad y la disolución. Facilitáronle fondos y fundó muy en breve un espacioso convento, que pronto se llenó de un prodigioso número de santos religiosos.

Después de haber trabajado con tan eficaz suceso en el Obispado de Cracovia y en el territorio de su comarca, extendió su celo en las provincias vecinas, y desde ellas llevó pronto su misión á los países extranjeros. Envió á Bohemia con algunos compañeros al bienaventurado Ceslao, los cuales llenos todos de su espíritu hicieron grande fruto. Tomó consigo nuestro Santo nuevos operarios,

y entró con ellos á intentar semejantes, expediciones en el corazón del Norte donde había muchos pueblos ó cismáticos y herejes, ó idólotras y sin religión que conquistó para el reino de Jesucristo. Pareciendo estrechos los límites de Europa á su apostólico celo, corrió las márgenes del mar Negro, entrando en las islas del archipiélago sobre las costas del Asia, y volviendo después á subir hacia el Norte, entró en la gran Rusia ó en la Rusia Mayor, es decir, en Moscovia. Fácil es discurrir cuánto tendría nuestro Santo que sufrir, en todas estas expediciones, tratando con pueblos bárbaros, á quienes le era tan preciso domesticar como convertir.

Habíanle fundado en Kiovia un hermosísimo convento y una magnífica Iglesia. Sitiaron los tártaros la ciudad, tomáronla por asalto, y todo lo entraron á sangre y fuego. Acababa el Santo de decir misa cuando tuvo esta triste noticia; tomó el Sacramento en las manos y mandó á todos los religiosos que le siguiesen; pasaba por delante de una es-

tatua de alabastro de la Santísima Virgen, y oyó una milagrosa voz que le dijo: *Pues qué, hijo mío, Jacinto, ¿aquí me dejas á merced de los bárbaros?* Y el Santo respondió: *Señora y Madre mía, ¿cómo podré yo llevar una imagen de tanto peso?* A lo que respondió la imagen: *Haz la prueba y verás que no es superior á tus fuerzas.* Cogió entonces la imagen, la que se hizo tan ligera, que la llevó en una sola mano y tomó el camino de Cracovia.

Llegando con aquella preciosa carga á la orilla de un caudaloso río, se halló sin puente y sin barca para pasarlo. Lleno de confianza en el poder de aquella Señora que llevaba en sus manos, comenzó á caminar á pie enjuto sobre las aguas, y mandó á sus religiosos que le siguiesen.

Después de cuarenta años de trabajos apostólicos, rindió tranquilamente su espíritu en manos del Señor el día 15 de Agosto de 1257, á los setenta y dos años de su edad.

Fué canonizado con la acostumbrada solemnidad por la santidad de Clemen-

te VIII el año de 1594, y el Papa Urbano VIII fijó su fiesta el día 16 de Agosto.

FIN

